

# Henry Miller,

el más  
provocador  
de los  
bibliotecarios

*Henry Miller, el gran iconoclasta, el gran novelista norteamericano que se dio a conocer en París en 1934 con su primera obra “Trópico de Cáncer”, acusada de pornográfica, censurada en los Estados Unidos hasta 1961, considerada una de las obras maestras de la literatura del siglo XX, una de las obras más recomendadas y una de las obras más prohibidas...*

*Esto no es un libro. Es un libelo, una calumnia, una difamación. No es un libro, en el sentido ordinario de la palabra. No, es un insulto prolongado, un escupitajo a la cara del arte, una patada en el culo a Dios, al hombre, al destino, al tiempo, al amor, a la belleza... a lo que os parezca.*

(“Trópico de Cáncer”, primera edición en París: Obelisk Press, 1934; en castellano Cátedra 2005)

Henry Miller, el provocador, el bohemio, el clásico de las colecciones de literatura erótica contemporánea fue durante toda su vida un lector infatigable: compulsivo, caprichoso, desordenado, pero siempre fervoroso admirador de sus autores de cabecera, siempre interesado en todo tipo de enrevesadas materias sobre las que leer, siempre devoto –aunque infiel– lector en las bibliotecas públicas de las ciudades donde vivió, y que por un instante, sólo por un instante de su vida tuvo un trabajo como bibliotecario.

Grafómano indomable, lo escribe todo, y no deja nada sin contar. Narrador oral de extraordinaria conversación, es capaz de teclear en la máquina de escribir al ritmo de su pensamiento y reproducir –o hacernos creer que reproduce– palabra por palabra conversaciones mantenidas días o años antes de escribirlas. En unas decenas de páginas de “Plexus” (segunda parte de su autobiografía novelada “La crucifixión rosada” formada por los libros “Sexus”, “Plexus” y “Nexus”, Olympia Press, 1953; Edhasa 2012) podemos leer, por ejemplo, una larga digresión sobre las profecías de Nostradamus precedida de la detallada narración de una pequeña orgía doméstica de la que es protagonista. La obra de Miller es una constante autobiografía plagada de nombres auténticos mezclados con nombres modificados, historias exageradas o inventadas, donde muchos han visto un pornográfico relato de hazañas sexuales interrumpido por escenas más aburridas, pero otros han encontrado un género literario vitalista, que mezcla la crítica social con la reflexión filosófica y ética, los recuerdos de la infancia y juventud con el surrealismo y a veces hasta el misticismo. Una muestra de esto último: predecesor en más de un modo de los *beatniks* y de los *hippies*, abre su libro “Pesadilla con aire acondicionado” (New Directions, 1945; Navona 2013) con una cita del gurú indio Swami Vivekananda sobre los budas ocultos. Y se considera a sí mismo surrealista antes de que André Bretón inventara esa palabra, como escritor que “parte de un extremo profundo, bucea en el inconsciente y sigue los impulsos del corazón, o de las agallas”.

Escritor tardío, hasta los 25 años estuvo trabajando para su padre, un sastre alemán de Brooklyn; “tal vez no empiece a escribir hasta los cuarenta y cinco años” confiesa en broma pero en serio a su amigo McGregor en mitad de una de sus interminables narraciones de

conversaciones con sus amigos de juventud. Cuando nos recomienda sus libros y autores imprescindibles en su obra “Los libros en mi vida” (New Directions, 1952; Mondadori, 1988) dedica más espacio a la recomendación de Rider Haggard (novelista británico de *bestsellers* de aventuras, autor de “Las minas del Rey Salomón” y de “Las aventuras de Allan Quatermain” pero también de las obras admiradísimas por Miller, “Ella” y “Ayesha”) que a sus también muy admirados Dostoievski o James Joyce, por mencionar dos de sus influencias desde la alta cultura. Cuando el noruego Knut Hamsun recibe el Nobel de Literatura en 1920 Miller le escribe una carta llena de admiración por el vitalismo de sus obras y recibe, decepcionado, una triste carta en la que Hamsun, en mal inglés, le pide que interceda por él ante los editores norteamericanos para poder vender más libros; un Nobel pidiendo un favor a un pobre diablo, escritor inédito!

### *En las bibliotecas y desde luego en su oficina pasa cientos de horas de lectura.*

En una conversación con el profesor Karen Lundgren (“un sueco que se había educado en Oxford donde se había hecho célebre por sus proezas atléticas y su rara erudición”), para el que trabajó al mismo tiempo como amanuense, archivero, camarero, albañil y carpintero, confiesa “no tengo intención de ser un pensador. Quiero escribir. Quiero escribir sobre la vida, al desnudo. A veces pienso que soy un artista, muy de vez en cuando pienso incluso que soy un visionario. Me sentiré feliz si algún día aprendo a contar una buena historia”. A los pocos días abandona el trabajo con Lundgren –uno de sus múltiples abandonos– y se dedica a no hacer nada y fingir que escribe su primer libro, que nunca acaba de llegar. Lundgren le había iniciado “en las absurdas complejidades de un sistema decimal de clasificación que hacía parecer un sistema de niños nuestro sistema Dewey, y con el que podíamos clasificar todo lo habido y por haber, desde un par de calcetines de lana blancos hasta las hemorroides”, lo que supone una de sus incursiones bibliotecarias *sui generis*.

Casado cinco veces, en su primer matrimonio (1917-1923) con Beatrice Wickens hace una vida más o menos estable: consigue un trabajo en la Western Union de Manhattan, donde llega a ser Jefe de Personal, tiene una hija, trabaja muchas horas y por la noche escribe. Tras un intento de aprendizaje de sastre con su padre y el empleo en la Western Union sabemos que vagabundó toda su vida intentando esquivar todo trabajo estable: redactor en revistas

baratas, “negro” de artículos firmados por otros, pero también vendedor ambulante de enciclopedias, repartidor de periódicos, distribuidor de caramelos o encargado de una taberna ilegal son algunas de las ocupaciones con las que alterna largas épocas de estar *sin blanca* y andar *dando sablazos* a amigos y enemigos.

En la época en que aún conserva su trabajo en la Western Union (denominada “la Compañía Cosmodemónica” en sus obras) se aficiona a acudir a la Biblioteca Pública de Brooklyn en Montague Street: “Me conocían bien allí porque les causaba toda clase de molestias pidiéndoles libros que no tenían, instándoles a pedir prestados libros caros o raros a otras bibliotecas, o quejándome de la pobreza de sus existencias, de las deficiencias del servicio y en general dando la lata”. Allí, a pesar de ser un usuario siempre sancionado por devolver tarde los libros, por subrayarlos con tinta roja e incluso por no devolverlos nunca “en realidad me los apropiaba para mi propia biblioteca” entabla amistad con un bibliotecario que resulta ser un experto en circo y gran amante de Europa, con el que pasa largas tardes charlando sobre un París que ninguno de los dos conoce más que en los mapas que despliegan sobre las mesas de la biblioteca.

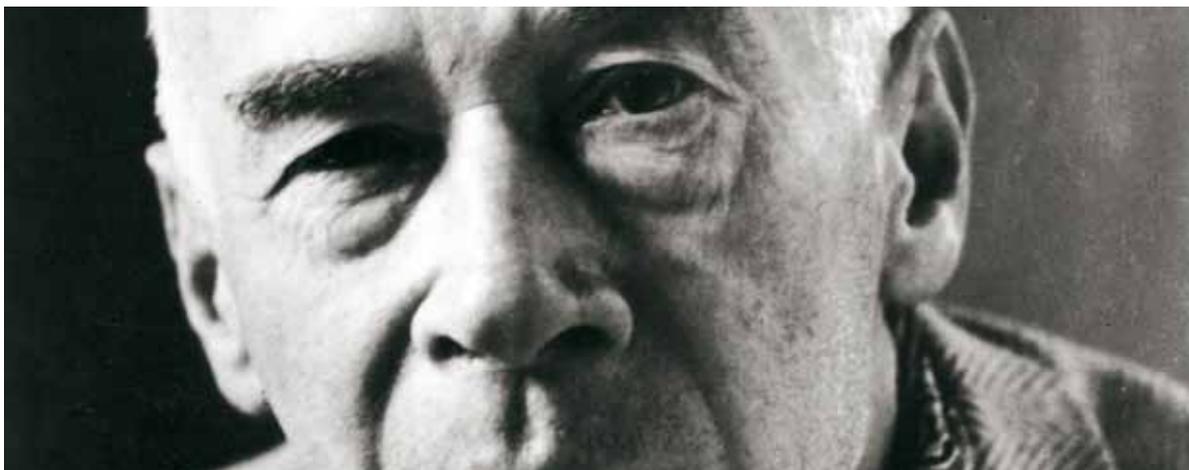
Su amistad con este bibliotecario cuyo nombre no nos cuenta en sus libros es uno de los elementos que provocan que en 1930 decida abandonar los Estados Unidos para marcharse a Europa e instalarse en París, cuna de la bohemia, centro al mismo tiempo de la alta cultura y de las vanguardias artísticas. “Mi anhelo y curiosidad me hacían avanzar en todas direcciones a la vez. A un mismo tiempo me sentía interesado y absorbido por la música hindú (por haber hecho amistad con un compositor hindú que había conocido en un restaurante indio), por el ballet ruso, por el movimiento expresionista alemán, por las composiciones para piano de Scriabin, por el arte de los locos, por el ajedrez chino, por los combates

de boxeo y lucha libre, por los partidos de hockey, por la arquitectura medieval y los misterios relacionados con los infiernos egipcio y griego, por el hombre de Cromagnon, por los gremios de comerciantes de la antigüedad, por la nueva Rusia, etc. etc”. En las bibliotecas y desde luego en su oficina pasa cientos de horas de lectura: “Era muy propio de mí venerar el pasado y escupir en él. Estaba haciendo lo mismo con los amigos y con los escritores. Del pasado aceptaba y estimaba sólo lo que podía convertir en literatura”.

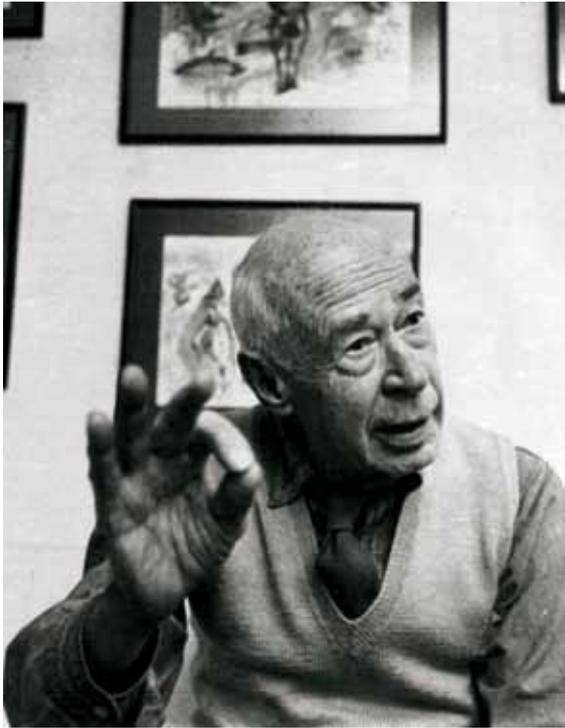
En 1923, estando casado con Beatrice (“Mona” en sus libros) conoce a la bailarina de origen rumano June Mansfield, diez años más joven que él, con la que inicia una relación que le hace abandonar a su mujer, su hija y su trabajo, y finalmente casarse con June (1924-1934) para vivir de lo que ésta conseguía de sus amantes y admiradores mientras vivieron juntos en Nueva York antes de trasladarse a París en 1930.

*Cuántos días y noches maravillosos  
pasé en la Biblioteca de la Calle  
42, sentado a una mesa larga, entre  
miles, al parecer, en aquella sala  
de lectura principal.*

Sin trabajo ni ocupación fija en Nueva York, acude a las bibliotecas y los archivos, consulta toda clase de obras de referencia, preferentemente tiene abiertos sobre la mesa varios tomos de diversas enciclopedias de las que toma notas y copia pasajes enteros. “En ocasiones me limitaba a arrancar las páginas que más necesitaba”. Los bibliotecarios a los que solicita los libros no dudan que se trata de un erudito, un sabio descuidado que escribe lo que será una importante aportación a un tema de estudio, cuando en realidad Henry Miller divaga y salta de una materia a otra y finge ser un entendido en antropología, sociología, física o astronomía, y se



atribuye grados académicos que no había soñado en alcanzar. “Lo más valioso para un escritor es leer cualquier cosa que te caiga en las manos. En los mohosos tomos de cualquier biblioteca grande hay artículos enterrados, escritos por individuos desconocidos, sobre temas aparentemente sin importancia, pero saturados de datos, ideas, caprichos, disposiciones de ánimo, antojos, portentos de tal calibre que sólo pueden compararse con drogas raras”.



“Cuántos días y noches maravillosos pasé en la Biblioteca de la Calle 42, sentado a una mesa larga, entre miles, al parecer, en aquella sala de lectura principal. Las propias mesas me estimulaban. Siempre había deseado poseer una mesa de extraordinarias dimensiones, una mesa tan amplia que no sólo se pudiera dormir en ella, sino también bailar e incluso patinar”.

“Sí, se experimentaba una sensación agradable al trabajar entre tantos estudiantes aplicados en una sala del tamaño de una catedral, bajo un techo elevado que era una imitación del propio cielo. Abandonabas la biblioteca ligeramente aturrido, muchas veces con sensación de beatitud”.

Es en ese momento de fiebre lectora y anotadora cuando, estando interesado en la genealogía, acude a la sección correspondiente de la Biblioteca Pública de Nueva York y se encuentra con la sorpresa de que estaban necesitando alguien que entrara a trabajar en esa sección. “Necesitaban a alguien tan urgentemente que me pusieron a trabajar al instante, tras haber entregado al director de la biblioteca

un curriculum vitae que era una maravilla de falsificación. Mientras escuchaba al pobre diablo que estaba poniéndome al corriente de los entresijos de las colecciones de genealogía me pregunté cuánto tardarían en *calarme*. Entretanto mi superior iba subiendo escaleras conmigo, señalándome esto y lo otro, inclinándose en rincones oscuros para extraer documentos, archivos y cosas así, llamando a otros bibliotecarios para presentarme, explicando apresuradamente y lo mejor que podía los rasgos más destacados de mi tarea como encargado de las colecciones de genealogía. Cuando comprendí de repente que no sentía el menor interés por toda aquella jerigonza y recordar que mi mujer estaría esperándome para comer interrumpí inopinadamente al jefe, que estaba en medio de una prolongada explicación sobre esto y aquello, preguntándole en voz bien alta dónde estaba el retrete. Me lanzó una mirada bastante extraña, preguntándose indudablemente por qué no tenía la decencia de escucharle hasta el final antes de salir corriendo, pero con ayuda de muecas y gestos suficientemente explícitos le dí a entender de la forma más patética que era muy urgente y podía *hacérmelo* ahí mismo en una papelería, de modo que conseguí librarme de sus garras, coger el sombrero y el abrigo y salir a toda velocidad del edificio”. Su trabajo como bibliotecario debió de durar menos de una hora, pero podemos afirmar que Henry Miller estuvo contratado para trabajar en un puesto cualificado en una de las más prestigiosas bibliotecas del mundo, que superó unas pruebas de evaluación, que entró en contacto con las colecciones y con los profesionales, que comenzó a conocer los mecanismos de su nuevo trabajo y que renunció al mismo –de modo informal pero fehaciente– todo en una misma mañana, en el año 1920 o quizá en 1921.

Aproximadamente en esos años decide consagrarse a la escritura, desde un momento de desesperación (ha abandonado a su mujer y a su hija, ha abandonado su trabajo, vive con June de lo que ésta consigue de sus amantes): “La casa estaba a oscuras. Me desplomé en el gran sillón y me entregué a tristes reflexiones. Por todos lados había manuscritos tirados de cualquier manera, libros abiertos por las páginas en las que había interrumpido la lectura. También el diccionario reposaba abierto. Sentado allí comprendí que ese y no otro era mi lugar. Era absurdo por mi parte andar danzando por ahí. Debía estar en casa escribiendo. No debía hacer otra cosa que escribir. Hasta entonces la Providencia había cuidado de mí ¿por qué no había de seguir haciéndolo siempre?”. Se suponía que estaba escribiendo su gran novela, después de intentos meramente alimenticios como unos folletos con prosa poética que titula *Mezzotints* y que, firmados por June, venden a los admiradores de ésta en los cabarets que frecuentan; pero aunque escribe, en realidad no está llegando a ninguna parte.

En 1930 se marcha a vivir a París y escribe en una carta a uno de sus viejos amigos de Brooklyn: “Mañana comienzo a escribir mi libro en París: primera persona, sin censura, sin estilo... ¡a la mierda con todo”. Se convertirá en su primer libro; por fin! acabado y publicado cuando ya tiene más de cuarenta años: “Trópico de Cáncer”. Consigue acabar un libro, después de media vida diciendo que escribía pero sin producir nada demasiado palpable, cuando se convierte, a su juicio, en un hombre no-literario: “hay que matar al hombre literario. La cosa en literatura es uno”. Paradójicamente su estancia en París se convierte en material literario de primer orden: su relación con su mujer June, con la escritora Anaïs Nin y con los círculos de artistas y escritores bohemios y surrealistas le proporciona material para escribir varios de sus mejores libros, y a los *henrymillerianos* interminable material para la lectura, la escritura y la evocación.

Henry Miller volvió de París al comenzar la II Guerra Mundial en 1939 e inició un largo viaje en coche por Estados Unidos, que contó en su libro “Una pesadilla con aire acondicionado” (New Directions, 1945; publicado en español por Navona, 2013), del que destacaremos su encuentro en la Universidad de California en Los Angeles (UCLA) con el bibliotecario Lawrence Clark Powell, con el que mantuvo una larga amistad: “la única persona que encontré satisfecha con su destino, amoldada a su ambiente, feliz en su trabajo y representativa de todo lo mejor de la tradición americana fue un humilde y modesto bibliotecario de la Universidad de Los Angeles llamado Clark Powell”. Al bibliotecario Clark Powell dedicaría su obra “Los libros en mi vida” –primero de una serie inacabada de obras de pretensiones enciclopédicas– y al archivo y biblioteca de la UCLA donaría sus manuscritos, que ocupan hoy nada menos que 144 cajas.

¿Mantuvo Henry Miller su deseo de ser bibliotecario? Demasiado desordenado quizá, pero fue siempre un hombre libresco y no deja de resultar significativo que la huella más activa que dejara en uno de sus amados lugares de residencia, Big Sur en California, sea la “Henry Miller Memorial Library”, institución tan heterodoxa como el autor cuyo nombre lleva, “the place where nothing happens”, ente cultural privado, sin ánimo de lucro, fundado por un amigo de Miller cuando éste murió en 1980, y dedicado a la realización de eventos artísticos y culturales (conciertos, festivales de cine) y la cele-

bración de eventos sociales como bodas al aire libre, además de mantener abierto un salón de café que es al mismo tiempo librería, biblioteca, tienda de recuerdos y lugar de peregrinación de los lectores de Henry Miller.

*Su trabajo como bibliotecario debió de durar menos de una hora, pero Henry Miller estuvo contratado en una de las más prestigiosas bibliotecas del mundo.*

Las distintas escenas de la vida de este escritor, ya hemos dicho que compulsivo e irrefrenado, se pueden resumir en este panorama en el que siempre le vemos escribiendo: Henry Miller golpeando la máquina de escribir que preside la mesa de la cocina de Clichy, en París, donde convive malamente con el escritor austriaco Alfred Perlès; Henry Miller escribiendo a mano en Corfú, en Grecia, durante su visita a su amigo el escritor británico Lawrence Durrell justo antes del comienzo de la II Guerra Mundial; Henry Miller escribiendo cartas a Durrell durante cuarenta años; Henry Miller escribiendo en París sobre la mesa de la casa de Anaïs Nin, que financia sus obras y mantiene un apasionado romance tanto con él como con June; Henry Miller escribiendo incontables cartas a Anaïs Nin durante cuarenta años; Henry Miller recorriendo los Estados Unidos a dedo, en viejos coches alquilados, alojándose en moteles, visitando ciudades y pueblos, bares y universidades, conociendo locos y sabios, y siempre escribiendo; Henry Miller descubriendo Big Sur en California; Henry Miller arrastrando su pesada máquina de escribir colina arriba por un camino de cabras para llegar hasta la cabaña donde vive como un asceta –aún no existen los hippies– y donde escribe y escribe; Henry Miller, finalmente, en su casa de Pacific Palisades, cerca de Los Angeles, donde vive con su esposa, la actriz y pianista japonesa Hoki Tokuda y no deja de escribir; Henry Miller dedicando sus últimos esfuerzos a escribir cerca de 1.500 cartas dignas de un adolescente enamorado a la joven *playmate* Brenda Venus (“Querida Brenda”, William Morrow & Co, 1986; Seix Barral 1993) con la que mantiene una relación platónica hasta el día de su muerte en junio de 1980. ▴